

Sección Bibliográfica

EL TEMA DE LA AMISTAD EN LAIN ENTRALGO

No hay asunto que se preste a más equívocos y ambigüedades que el de la amistad ni que sea en sí mismo más delicado y propenso a sentimentalismos fáciles. La amistad, ¿es un conjunto de conveniencias y utilitarismos recíprocos producto de las circunstancias o, por el contrario, responde a un concepto trascendido de la relación interindividual? ¿Puede la amistad objetivarse como valor en sí o sus estrechas dependencias de los azares vitales la convierten en una afectividad transitoria cuya naturaleza dinámica y cambiante impide cualquier sedimento respetable? ¿Vivimos realmente en amistad, es decir, en una amistad funcional y ejercida cotidianamente o vivimos en la abstracción bienpensante de que la idea de la amistad sirve tanto como la problemática amistad misma?

Estas son algunas de las preguntas que se me ocurren antes incluso de haber leído el importante libro que Pedro Laín Entralgo ha dedicado al tema de la amistad*, pero ya seducido por su factura y entonación. En principio me parece interesante dejar constancia de que no soy un receloso de la amistad. Sin embargo, las complejidades de la naturaleza humana y el rigor del mecanismo interno de la organización social pesan tanto sobre mí y me inspiran una desconfianza tan grande, que no tengo por menos que mostrar siquiera de pasada cierto perfil cuestionador y más melancólico que otra cosa, lo cual redundará, naturalmente, en beneficio de la expectación con que debemos recibir el esfuerzo de Laín Entralgo, cuya biografía —médico, historiador de la Medicina, antropólogo, autor de ambiciosos estudios, entre los que cabe destacar *Teoría y realidad del otro*, *La generación del noventa y ocho*, *A qué llamamos España*— asegura el máximo rigor en la dilucidación del tema, ya que Laín, como saben bien sus lectores, peca incluso de insaciabilidad investigadora por cuanto somete la historia, la cultura y el conjunto de las meras designaciones lingüísticas a un desglose protógeno y metafísico que conduce generalmente a la posesión de un método del saber totalizador evidenciado

* PEDRO LAÍN ENTRALGO: *Sobre la amistad*. Selecta de Revista de Occidente. Madrid, 1972, 380 pp. (Conmemorativo del Año Internacional del Libro.)

en la exposición histórica, filosófica, personal y de otras disciplinas coadyuvantes, tales como, llegado el caso, la psicología o la patología.

El método seguido aquí, en efecto y fundamentalmente, estudia el tema de la amistad desde la vertiente histórica para poder a continuación formular una teoría donde ya se funden las consecuencias historicistas con nuestro tiempo y las interpolaciones personales del autor. El punto puro de partida, la incitación intelectual y entrañable, proviene de dos citas antiguas (que la realidad se ha encargado de actualizar) debidas a Aristóteles y a Cicerón que expresan, por un lado, la necesidad inapelable de la amistad en la vida, y, por otro, que el mundo se halla menesteroso de amistad.

De modo que lo que acomete Laín en la primera parte de su libro es la historia de la amistad, desde la Grecia clásica a las vicisitudes poskantianas de este sentimiento, pasando por el cristianismo. Como el lector comprenderá, es imposible detenerse en la concepción particular que Platón, Aristóteles y Cicerón, como representantes del mundo antiguo, o Tomás de Aquino, como símbolo de la amistad en su sentido cristiano, o Kant, como ejemplo de nuestro tiempo, tenían de la amistad y que Laín estudia a fondo desbordando muchas veces el propósito inicial para testificar sobre la estructura sociológica y cultural de las distintas etapas, en su acepción amplia y sin cortapisas. Sólo diremos que el esfuerzo no es estéril y que nuestro autor brinda conclusiones a cada paso, si bien éstas denotan la inclinación entrañable del investigador por allegar razones y juicios demostrativos de la existencia virtual de la amistad, mientras que otras actitudes diríamos menos favorables y «constructivas» —la de los positivistas, por ejemplo, con Augusto Comte a la cabeza— le merecen menos respeto, si bien es una prueba de probidad moral hacerlas constar, así como dilucidar las aportaciones de Marx en la historia de la humanidad —movilización del proletariado, su concepción del trabajo, su interpretación de los datos sociológicos—, aunque finalmente se considere que en el marxismo no tiene ningún puesto «la relación interhumana tradicionalmente llamada *amistad*», tema interesantísimo al que Laín dedica algunas páginas cargadas de sugerencias.

Una sentencia de Zaratustra («Hay camaradería. ¡Ojalá un día haya amistad!») es para Laín, con ciertas reservas, la clave de todo lo que tras la muerte de Kant ha acontecido en el planeta. Se refiere —lo decimos aproximadamente— a que Nietzsche «descubre a su alrededor el resultado a que ha conducido el imperio creciente del *espíritu objetivo*» (o la obra común de Hegel, Comte y Marx), en relación con el tema de la amistad, sobre el que conviene recoger la siguiente buena precisión de Laín: «nuestro tema es —dice— la historia

del *pensamiento* acerca de la amistad, no la historia de la *realidad factual* de ella». Lo que se ha pensado de la amistad, no lo que la amistad haya sido. Esto justifica que, según me pareció en una primera ojeada, no se dedicara especial atención al impacto que las dos guerras mundiales tuvieron en el entramado de la amistad.

La segunda parte del libro de Laín Entralgo empieza contemplando la amistad por todo lo que ella no es, la camaradería, la simpatía social, la tertulia, la proximidad y el enamoramiento, aunque la amistad en «sentido estricto» se pueda fundir a todo esto. ¿Qué es la amistad, pues? Laín primero define y luego reflexiona sobre el contenido y la lógica de la definición. Hela aquí: «La amistad es una comunicación amorosa entre dos personas, en la cual, para el mutuo bien de éstas, y a través de dos modos singulares de ser hombre, se realiza y perfecciona la naturaleza humana.» Desglosa la frase en cinco conceptos, cuyo análisis conduce a quintaesenciar la amistad como «la donación de una parte de la propia intimidad; por tanto, en *el ejercicio de la confianza*», capítulo que constituye uno de los más bellos del libro por sus implicaciones poéticas y comunicativas.

La definición metafísica de la amistad, atendida a la trayectoria zubiriana, se estructura como «una comunión interpersonal y amorosa mía *con* otro hombre, nacida *desde* nuestra común situación y nuestro común fundamento, realizada tanto *para* y *hacia* nosotros mismos como *para* y *hacia* todos y constituida *en* lo mismo», fórmula veraz que lleva a Laín a preguntarse, por otra parte, en problemática que yo extracto, pero que en el libro se desarrolla racionalmente, si de ahí resulta, por ejemplo, imposibilidad amistosa entre un cristiano y un marxista, o si «la realidad de la relación política debe ser entendida en términos de amigo-enemigo». La respuesta es no.

Otra de las perspectivas fija con detalle la influencia *adjetiva* que las principales determinaciones típicas de nuestra personalidad, la edad, el sexo, la raza, el temperamento o biotipo y la situación histórica ejercen sobre la real configuración de la amistad. Señalo como del mayor interés todo lo relacionado con la amistad entre el viejo (*no decrepito*) y el joven, que pertenece a la irresuelta y siempre en crisis discusión de la problemática generacional.

El nacimiento de la amistad, su evolución y conservación llevan al epílogo de esta magnífica y apologética obra, donde, sin merma de reconocer «la evidente miseria moral que me rodea» el autor localiza en la sociedad empírica la vigencia del sentimiento amistoso y lucha para hacerlo prevalecer, y también sale al paso en el epílogo citado,

de que su nutrida reflexión pueda ser tachada de «idealista», «culturalista» o «anacrónica»: una consciencia más que añadir a los méritos de *Sobre la amistad* ya que si alguna persona conoce bien las deficiencias del idealismo, esa persona es Laín Entralgo. ¿Se puede conocer a fondo la inoperancia del idealismo y ser al mismo tiempo y *honestamente*, idealista? No parece posible. El crítico fácil que atrape la pista facilitada en el epílogo deberá atarse bien los cordones para acceder a mínimas designaciones. La madurez y perspicacia e intensidad de trabajo en Laín Entralgo ofrece pocas fisuras en orden a una impugnación.

De todas formas, el problema principal que yo advertiría es si realmente la amistad —una vez considerada la enorme complejidad que su génesis, desarrollo, establecimiento y ulterior necesidad exige, según el esquema tan perfectamente construido del propio Laín— sigue constituyendo un tema que pueda evadirse o no quede inmediatamente enjugado en las primeras y básicas disciplinas y leyes de relación social—el trabajo, el instinto, las apetencias, la agresión, el dolor, la muerte—; es decir, la funcionalidad inicial podría no ser la amistad, sino que ésta surgiría como función delegada una vez mezclados en el juego los citados imperativos de la existencia humana, a los que sabemos absolutamente tiránicos. La obra de Laín Entralgo señala en la constitución del hombre un momento transempírico, «al cual hay que referir el origen de la libertad», o sea que la persona humana es algo más que un rol histórico-social.—*EDUARDO TIJERAS (Maqueda, 19. MADRID-24)*.

JACINTO GRAU: *Teatro selecto*. Edit. Escelicer, S. A. Madrid, 1971.

Al cuidado de Luciano García Lorenzo, profesor de la Universidad de Madrid, aparece esta edición de un dramaturgo casi olvidado, injustamente, entre nosotros. En espera de sus obras completas, los cinco textos incluidos en este grueso volumen, de más de setecientas páginas, son una importante aportación a nuestra bibliografía, al rescate imprescindible de un auténtico escritor dramático. Pero además, a los textos íntegros de *El conde Alarcos*, *En Ildaria*, *El hijo pródigo*, *El señor de Pigmalión* y *El burlador que no se burla* precede un amplísimo, documentado estudio sobre el teatro de Grau, en el que García Lorenzo ha condensado sus años de trabajo sobre el drama-